

CUENTO N° 244

TÍTULO: LOS RECURSOS DEL PROFESOR DONOSO

SEUDÓNIMO: AVELINO SALAZ

AUTOR: GABRIEL TORRES SALAZAR

LOS RECURSOS DEL PROFESOR DONOSO

Siempre que le correspondía dar el discurso de bienvenida, el profesor Donoso improvisaba una historia entretenida para motivar a los estudiantes, aunque en esta oportunidad podía contar algo diferente, algo testimonial quizás. Interesaba mucho a la universidad que los alumnos conocieran de entrada a quienes serían sus maestros, no por menos estaba anunciado en la Misión institucional. Además la psicoterapeuta de la universidad le había dicho que esto surtía mejor efecto, porque generaba adhesión y los jóvenes imaginaban ser protagonistas de la historia.

--¿Estás segura?--, le preguntó.

--Sí, te va a ir bien, aunque algunos se crean de “quinto medio” no te harán ruido--, fue la sincera respuesta que lo decidió. Luego de los tradicionales vocativos, frases de rigor, de lo que hablaría y del muy sabido “estimados estudiantes”, arreglo el micrófono a su altura e inició diciendo:

Me parece ver el disco metálico de color amarillo y letras blancas a un costado de la puerta de entrada a la escuelita donde estudié. En la leyenda en círculo de la parte superior se leía: Escuela Pública N° 6 y el nombre de la ciudad de Los Alamos en la parte inferior; rematando al centro del disco con la expresión: Ministerio de Educación Pública.

Mantengo vivo el recuerdo del Señor Director, de los profesores y sus apodos; de la señorita Alicia, la más linda y joven profesora de la que

nos enamorábamos todos; de Don Fermín, el portero siempre amigo. Me llenan de alegría y nostalgia estos recuerdos. ¡Ah!... y los compañeros -fue una escuela primaria solo para niños, ahora era mixta- No me vienen sus nombres pero sí los sobrenombres: el Tarzán, que no cesaba en sus aullidos; el pene-ca, siempre erotizado; el care´pato, ya se imaginan por qué; o el chiche, ahora pienso en un incomprendido LGTBI.

Hasta aquí Donoso lograba mantener la atención de los estudiantes, aunque por la última expresión se vio y sintió un reacomodo de los oyentes en sus sitios. El mismo llevó su mano derecha al rostro para arreglarse los anteojos al continuar:

Lo pasé bien, pero el recuerdo y emoción más sublime que experimenté en mi querida escuela, fue de adulto, justo al recuperar la democracia en la década de los 90'. Invitado por la dirección de la escuela, a través de uno de mis hermanos, que también fue alumno allí, concurrí una soleada pero escarchada mañana de invierno al reencuentro con profesores y niños de humilde extracción social.

La razón de la invitación, fue porque se habían enterado de mi recorrido universitario y que la prensa local -el diario "La Tribuna"- me llamara en una crónica: `Hijo Ilustre de la Ciudad`, por mis aportes a la educación.

--¡Yaaa...!--. Fue la nítida aunque soterrada voz que salió del grupo de “mechones”, seguida de risas contenidas que Donoso aplacó con una interrupción de silencio en su discurso, antes de seguir:

En la escuela querían la visita de un ex alumno destacado y yo deseaba ver a la señorita Alicia, veinte años después. Llegó el día y me presenté. El establecimiento estaba ubicado en otra calle, seguía siendo modesto, con construcción de madera, patio al aire libre, aunque gimnasio techado. Había profesores viejos y jóvenes, y pequeños de seis a catorce años poblaban el recinto. La señorita Alicia no estaba, se había retirado hacía tiempo.

Pensé que sería una conversación con la directora y algunos profesores, como efectivamente sucedió, y nada más. Hicimos recuerdos, me preguntaron por mi vida docente, lo de las publicaciones, mis viajes y me mostraron el libro de clase con anotaciones por mis faltas e indisciplina. Nos reímos y oí inmerecidas felicitaciones, disfrutando un café calentito que invitaba a la conversación, frente a una cordillera nevada que parecía entrar por el ventanal.

–Un modelo para nuestros niños–, susurró una profesora de edad.

Al verbalizar este recuerdo se incomodó un tanto el profesor, a pesar de su refinado entrenamiento retórico para destacar citas de autores y textos en sus clases. Pero, continuó sin contratiempo, refugiado a distancia en la mirada de la psicoterapeuta.

Viendo que se me ponía embarazosa la visita, me paré del asiento mostrando intención de retirarme. La directora se levantó al unísono y me pidió que la acompañara, que los niños querían conocerme. No me quedó más que seguir sus pasos, escoltado de modo sorpresivo por un numeroso grupo de profesoras y profesores.

–Nos esperan en el gimnasio– fue la invitación.

Mi estupor fue mayor al llegar al gimnasio, la señora trepó una corta escalinata de un estrado montado especialmente, al que me invitó cortésmente a subir. Desde allí vi el gimnasio repleto de niñas y niños de pie, con uniformes, bien peinados, en perfecto orden. Serían doscientos o trescientos. Yo tiritaba, más de nervios que por el frío de la mañana.

La profesora los saludó con un buen día alumnos, al que respondió en coro el auditorio de jóvenes: ¡Buenos días señora directora!. Del estupor pase al miedo escénico y a la incontenible emoción que me producía el cuadro. Luego del saludo inició un brevísimo discurso, presentándose como un ex alumno, alusiones a mi trabajo académico, reconocimientos y orgullo para el establecimiento de ser uno de ellos y servir de modelo para los jóvenes allí presente. No lo podía creer, me dieron ganas de bajar, salir corriendo, desaparecer.

--Pero..., aquí viene algo imprevisto y conmovedor, estimados jóvenes--, advirtió el maestro para concitar la mayor atención, pues llegaba al punto culmine de su testimonial:

–Ahora, el profesor Donoso les dirigirá algunas palabras.

¡Qué palabras!, pensé, si estoy aterrado, qué puedo decirles a estos niños que valga la pena. Para salir del paso y ganar tiempo, se me ocurrió saludarlos, imitando el saludo de la directora.

–Buenos días jóvenes–, dije. Al instante me vi arrepentido, el gimnasio casi se vino abajo, o eso me pareció, por la potente voz infantil del grupo, respondiendo:

‘¡Buenos días profesor!’ Este masivo saludo me hizo llorar interiormente y hasta hoy resuena en mis oídos la calidez de esas voces. Es una de las emociones más grandes y hermosas que he tenido en mi vida.

Luego hilvané un par de frases, diciendo algo así como que estaba orgulloso de volver a mi querida Escuela Seis, les recomendé dedicación en sus estudios, que así podrán alcanzar lo que deseen en sus vidas. Y muchas gracias por recibirme, me llevo un lindo recuerdo de este momento. Saludos y un abrazo a cada uno.

Con su alocución el profesor Donoso percibió que había contagiado sus emociones a los estudiantes. Los jóvenes no habían roto la solemnidad del

ceremonial y mostraban rostros sonrientes. Al mismo tiempo vio reconocimiento en el saludo de sus pares, sintiendo cumplidos sus objetivos. Amablemente agradeció la presencia de todos y desde entonces se le vio junto a Alicia, la atractiva psicoterapeuta.

-Fin-